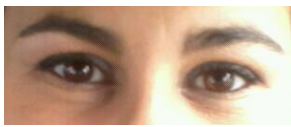


## QUE ERA AQUELLO?

de *Leturiaren egunkari ezkutua* (Ch. XIX de *El Diario Secreto de Leturia*)  
escrito por *Txillardegui* (José Luis Álvarez Enparantza) 1929-2012.  
Queries to: caravasco@gmail.com

Ha caído sirimiri desde la mañana sin parar. *Altzurain* se ha vestido de oscuridad; todo salvo yo, por supuesto. Después al escampar, todo ha quedado nuboso y tranquilo. El tiempo detenido, aletargándome la mañana. Difícilmente olvidaré éste día: 16 de septiembre. Aún escrito en letras de oro, un fulgor efímero y escaso. Luego... vayamos despacio. Es verme y exclamar: *Estas loco!* Con estas palabras me ha recibido. Le ha gustado mucho el anillo, lo llevaba puesto al saludarnos. Un buen augurio, y no iba mal encaminado. Nos hemos acercado a *Zerubide*. Estaba todo mojado, empapado. Las ramas goteaban, las flores lloraban y los jardines rebosaban. Ni un alma a la vista. Un remanso de paz. Al acercarnos a *mi* fuente, parecía pintado con otro matiz, pese a estar todo como siempre. Nunca he encontrado *Zerubide* tan tortuoso como hoy. Frente a la fuente le he recordado nuestro primer encuentro; no hizo falta, se acordaba.

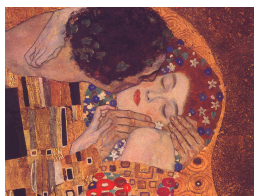
Contemplando el pequeño estanque,  
tomé su fría mano en la mía.  
He mirado el anillo sonriendo con ternura.  
No ha dicho nada.  
El silencio crecía entre ambos, sin molestar.  
Que placer calentar su mano entre las mías!  
Nada más dulce.



Un instante de admiración mutua con los ojos.  
Todo resplandece: la hierba esmeralda, el estanque plata,  
el cielo antes oscuro es fuego ardiente.  
Qué era aquello?

Así imagino entrar en la gloria. Dulces rachas me inundan una y otra vez,  
perdiendo totalmente el equilibrio en cuerpo y alma.  
La sangre convulsa por escapar de las venas.  
El beso fugaz, celestial, y aunque corto, matizado de eternidad.

De vuelta a la inerte soledad de mí habitación, pongo en vano mi boca en el espejo.  
Quemado para siempre: el frío cristal no basta para sanar mi dolor.  
Tendré perpetuamente quemada la carne, huella imborrable,  
el surco que sus carnosos y húmedos labios dejaron.



Para qué continuar con ésta gélida explicación?  
El que no ha vivido el beso, nada sabe,  
y el que lo ha vivido,  
tampoco sabrá explicarlo,  
porque es algo para vivir.

Después me ha dicho que me quiere, siento que enloquezco.  
Quién dijo que la miel es dulce? Que callen, por favor!  
Una tarde para volverse loco, sí, enloquecer.  
Qué eternidad!

Ni escribir, ni dormir, nada. Me echo a la calle.  
Llueve de nuevo y camino, paraguas en mano,  
gozando de mi plenitud en soledad.  
Que me dejen solo,  
hoy me basto y sobro para no hastiarme conmigo mismo!  
Sus labios en los míos...  
y al oído su *te quiero* mortal.

